

Filología y Lingüística 45 (2): 299-300

Octubre 2019 - Marzo 2020

ISSN: 0377-628X / EISSN: 2215-2628

Doi: <https://doi.org/10.15517/rfl.v45i2.39247>URL: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling>

Lourdes Celina Vázquez Parada. “Que besa su mano...”. Cartas de mujeres a religiosos franciscanos en el siglo XIX. Guadalajara: Editorial Universitaria de la Universidad de Guadalajara, 2016, 195 páginas

Con un prólogo firmado por María Pilar Gutiérrez Lorenzo (9-17), en donde se destaca la amplia producción que los legados y los archivos franciscanos han dejado para la historia de la Nueva España y de sus misiones, se explica cómo, dentro de la organización administrativa de la orden, los archivos de la Provincia de Jalisco se anexaron a la Basílica de Zapopan y sus acervos estuvieron en manos que los conservaron y resguardaron. A este archivo llegaron también los del Colegio Apostólico de Guadalupe (Zacatecas), de donde proceden las cartas escritas entre 1825 a 1875 por mujeres de esta región, quienes mantenían relaciones espirituales/religiosas con confesores franciscanos. Destaca Gutiérrez Lorenzo el abordaje multidisciplinario que tal escritura demanda (15), a fin de que la espiritualidad femenina nos permita observar no solo los entresijos de una historia cultural, sino también la construcción de un sujeto subalterno, silenciado y olvidado; así, con la expresión “oro molido” intenta expresar esa necesidad de empoderar y dar autoría a unas mujeres en contextos en los que la domesticidad se impone y, más bien, la comunicación epistolar permite un ejercicio somero de “introspección” (16). En la breve “Introducción” (21-27), Vázquez Parada señala dos circunstancias de su experiencia investigativa que explican bien la orientación de su libro; por un lado, la expresión “¡Tienes oro molido en tus manos!” (21), con la que fray Leonardo Sánchez Zamarripa entusiasmó a la joven investigadora y transformó esas piezas desarticuladas en una investigación de alto calado. Por otra parte, la expresión “Besa sus manos” (27), fórmula conclusiva de una “carta”, le sirve a la autora para ambientar este proceso de investigación en tanto deber de memoria y voz silenciada de la historia, al tiempo que le permite agradecer a su vez a los frailes que le abrieron tan receptivamente sus archivos.

Estas explicaciones me permiten justificar una reseña de un libro *sui generis*, porque está redactado para un público amplio y universitario; pero de manera sucinta además para especialistas. Por eso, tiene una doble función: es un estudio crítico y una antología. Tanto el Capítulo 1, “Las cartas del convento” (29-35), como los posteriores, son muy breves. El primero tiene la particularidad de ubicar al lector en el contexto de los conventos y las “formas de relaciones interiorizadas en sus visiones del mundo” (30), por cuanto la mujer, confesada y penitente, se expone y se inscribe en su vida cotidiana de la que la espiritual es parte. Hay diferentes tipos de cartas entre las 15 cajas del acervo: cartas de confesión, correspondencia a religiosos en los que se informa de la actividad económica, las limosnas y otros avatares, además de una correspondencia más familiar a algún religioso que aborda asuntos privados. El capítulo 2, “El Colegio Apostólico de Guadalupe Zacatecas y la vida religiosa durante el siglo XIX” (37-45), se dedica a explicar la importancia de esta institución en la vida de la ciudad de Zacatecas, como a esbozar, a partir de esta correspondencia, la vida religiosa al interior de monasterios y conventos.

El Capítulo 3, “La representación femenina a través de su correspondencia” (47-63), realiza una reconstrucción de la vida de la mujer y su representación. En tanto documento, estas cartas dirigidas sobre todo a fray Romualdo Gutiérrez, quien tenía el permiso de realizar confesión, tienen referencias al contexto social y político de la época, así como a aspectos personales de la mujer confesante en su relación con la divinidad y con el sacerdote, para culminar con la representación una mujer subordinada tanto a la patria potestad como a la jerarquía; extraño mucho que Vázquez Parada no se hubiera extendido en estas reglas de sujeción a la autoridad masculina, cuando esta “representación femenina” (61) involucra el tópico de la escritura bajo obediencia. El Capítulo 4, “Correspondencia a fray Romualdo Gutiérrez (1822-1835)” (65-112), reúne muestras de las cartas dirigidas a este confesor y confidente privilegiado que fue este fraile, muy querido entre sus feligresas. La correspondencia proporciona una idea también de ese “tú” en la mediación epistolar, para que se configure en tanto autoridad y padre confesor, aunque llama la atención la denominación que utiliza Juana María Gutiérrez, al tratarlo como su “hermano” fraternal (70), por lo cual existió un tratamiento más cercano y afectivo. Son ejemplos epistolares de “familiaridad” de los asuntos por abordar en las cartas las de Ma. Manuela Guzmán, en donde se pondera los alivios a la espiritualidad y a la salvación de las “almas” (92); sobresalen estas cartas por la prolijidad de los detalles y la narración que realiza Guzmán en ese clima de afecto, chisme y relato de sociedad (100). Por último, en el Capítulo 5, “Correspondencia a otros religiosos (1838-1876)” (113-183), Vázquez Parada recopila las cartas dirigidas a otros cinco religiosos, entre los que se destaca las que recibieron los frailes Francisco Frejes y Antonio del Castillo, entre otros. Algunas son verdaderas curiosidades, como la que firman tanto el marido, Felipe Ximénez de León como su esposa Luis Moreno Sánchez de León a fray Francisco Frejes (119-121), o la carta agónica de Ma. Guadalupe Petra Trujillo al mismo fraile, cuyo final encierra una ambigüedad al indicar “No sé firmar” (133); entonces, ¿quién escribe la carta? Para terminar, el libro contiene un “Índice de cartas” (185-189); se trata de una nómina de cartas y un elenco, que da cuenta de un vínculo y de un afecto, según Vázquez Parada anunciaba en su “Introducción”: “acercándonos a l[a]s autor[a]s de estos manuscritos, concibiendo sus sueños, escuchando en nuestro interior las voces desgarradoras de los sermones morales y las súplicas de las mujeres por ver con más frecuencia a los frailes, a sus confesores” (27). De ello da cuenta este libro de lectura agradable y variado; solamente espero las continuaciones ulteriores.

Jorge Chen Sham
Universidad de Costa Rica
Academia Nicaragüense de la Lengua
Academia Norteamericana de la Lengua Española